

quien Dios humilla por los pecados de los hombres, por haber salido fiador de sus delitos: porque viendo el Señor al género humano como una multitud de ovejas descarriadas, se ofreció voluntariamente á tomar sobre sus hombros las iniquidades de todos los hombres, y satisfacer por ellas con su muerte<sup>1</sup>. En suma, preguntadla, pero con respeto, cuanto queráis, y veréis cómo la Virgen padecía en su niñez y adolescencia con los vivísimos deseos de que viniera á la tierra el Salvador prometido en la ley y los Profetas, cuya vista deseaba con las mas vivísimas ansias de su caritativo corazon. Padecía en su juventud desde que le tuvo en sus brazos en Belen con la noticia clara de sus persecuciones, de su acerbísima pasion y afrentosísima muerte. Padecía en su ancianidad con la memoria de lo que habia padecido su amado Hijo Jesús, con la pérdida de tantas almas despues de una redencion tan copiosa, y con la soledad en que la dejó despues de su admirable ascension á los cielos. Era, en fin, continuo su dolor; siempre y en todo tiempo padecía.

11. Pero advertid, amados míos, que os he dicho que preguntéis con respeto á nuestra afligida Madre, no sea que aumentéis su dolor con solo vuestra presencia. Y á la verdad, ¿cómo no seria un nuevo dolor para la Virgen ver correr á no pocos del pueblo cristiano á su perdicion, habiendo dejado su Hijo tantos remedios en su santa Iglesia para que se salven? Correr tras la vanidad y la mentira, abandonando la verdad y la modestia? Corriendo como ambiciosos, como avaros, como soberbios, no enseñando otra cosa el Evangelio con mas frecuencia que el desprendimiento del corazon de las cosas de la tierra, la humildad del espíritu y la fraterna caridad? Corriendo en seguimiento de los placeres del mundo, de los deleites del sentido y de la concupiscencia de la carne, mandando su Hijo la huida del mundo, la mortificacion de las pasiones y la negacion interior? ¡Oh Virgen afligidísima! ¿Hasta dónde llegaría vuestro dolor, si por desgracia viérais entre nosotros algunos pérfidos cristianos que se abalanzasen al sagrado altar, y volvieresen á crucificar á vuestro Hijo amado con sus culpas, recibéndole sacramentado sin las debidas disposiciones? ¡Ay! Con cuánta razon volveríais entonces, Señora, á lamentaros: *O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus!* Por la sangre de Jesucristo derramada por nosotros, y por los dolores de su Madre María santísima, os suplico, hermanos míos, que no haya entre nos-

<sup>1</sup> Isai. LIII, per totum.

otros una monstruosidad tan detestable. Si como frágiles habeis caído, procurad levantaros como pecadores arrepentidos. El tiempo es el mas santo, la ocasion la mas oportuna, los ministros de Jesucristo os esperan, Dios quiere vuestra conversion: dad este consuelo á su Madre para que sus dolores no pasen de continuo á ser universales, que era mi

*Segunda reflexion: Los dolores de María fueron universales.*

12. Bien conoceis, amados míos, que toda la grandeza de los dolores de la Virgen no consistia en ser continuos: en ser unos dolores que la atormentaban siempre en toda su vida: unos dolores que no admitian intervalo, páusa ó interrupcion. Verdad es que un dolor que siempre permanece, causa una molestia terrible, pero al fin es tolerable si á todo lo demás del cuerpo y del alma no se extiende; pero cuando el dolor se hace universal además de ser continuo, entonces sube de punto imponderablemente su tormento, y esto vemos con la mayor claridad en los dolores de la Virgen. Para instruiros de algun modo en esta triste verdad, acordaos de aquel grande acontecimiento que nos refieren las divinas Escrituras del santo patriarca Abrahan, á quien mandó el Señor que le sacrificase su hijo sobre un monte que el mismo Dios le mostraria. ¡Terrible mandamiento para un padre como Abrahan, que tanto amaba á su hijo Isaac: para un padre que tanto habia suspirado por aquel hijo que era el báculo de su vejez, la alegría de su casa, el consuelo de su familia, y el heredero de su hacienda: para un padre á quien el mismo Dios habia prometido en aquel hijo una sucesion tan numerosa como las estrellas del cielo! Sin embargo, rompiendo Abrahan por todos los estorbos de la carne y sangre que le dificultaban el precepto, obedece á Dios, y sale de noche de su casa con su hijo Isaac, dos criados y un jumentillo. Prepara la leña en el camino para el sacrificio, llega al pié de un monte, deja su caballería y los criados, carga la leña sobre los hombros de Isaac, toma el cuchillo en una mano, y en la otra el fuego, y empiezan á subir por el monte. Admiracion de los Ángeles fue sin duda este espectáculo. ¡Un padre amante con el acero desenvainado! ¡Un hijo amado con la leña al hombro! ¡Oh prodigio de obediencia! ¡Oh maravilla de la fe! ¡Qué batalla tan reñida se veria en el corazon de Abrahan entre el amor de su hijo y el de Dios! La consideracion de que el mismo padre era quien habia de dar muerte al hijo, le cortaria el aliento, le re-

tardaría los pasos, y derramaría un dolor tan universal sobre su cuerpo y su alma, que no hay entendimiento que lo pueda comprender. Subió, en fin, á la cumbre, compuso la leña, ató á su hijo Isaac sobre ella, y empuñando el acero, levantó el brazo para dar el golpe mortal sobre su hijo, estando á nuestro modo de entender todo el cielo en expectacion de este suceso. ¿Podeis vosotros considerar este célebre acontecimiento sin comprender un dolor universal que traspasaría el corazon y el alma del grande patriarca Abraham? Sus ojos, sus oídos, sus manos, el temor, el amor, la esperanza, la fe, la obediencia, todo concurría para atormentarle.

13. Reflexionad, pues, ahora cuáles serían los dolores de la Virgen Madre cuando había tan enorme diferencia entre su amor y el de Abraham, y una distancia infinita entre Isaac y Jesucristo. Si Abraham amaba, la Virgen desfallecía de amor: *Amore languo*. Era la Madre por excelencia del amor hermoso, del amor puro, del amor constante y del amor inmenso. No era como las otras madres, que aunque padecen porque aman, las otras pasiones y defectos retardan, disminuyen y debilitan su amor, y por consiguiente su pena: los intereses propios las ocupan, los adelantamientos de la casa las distraen, la cólera las enciende, la vanidad las domina, y aun el amor mismo de sus hijos, por ser muchas veces desordenado, las priva de gran parte del mérito en sus mismos sacrificios. Ninguno de estos impedimentos encontramos en María santísima. Su corazon todo era amor, y amor el mas bello por la cualidad, el mas fuerte por la duracion, el mas arreglado por el modo, y el mas santo por el objeto. Si Isaac obedecía llevando en silencio la leña para el sacrificio, Jesucristo llevaba tambien sobre sus hombros el sacrosanto madero de la cruz en que había de ser crucificado, sin abrir su boca, sin dar un quejido, y como un cordero manso que llevan al sacrificio: *Sicut ovis ad occisionem ductus est, et non aperuit os suum*. Si Abraham ofrecía á Dios el sacrificio de un hijo, que era un hombre puro; la Virgen ofrecía al eterno Padre la víctima inmaculada de un Hombre-Dios, que era su Hijo, y era al mismo tiempo la admiracion de los Angeles, el pasmo de los Serafines, la esperanza de los Patriarcas, el Mesías anunciado por los Profetas, el Maestro de los Apóstoles, el modelo de todos los predestinados: su Criador, su Redentor, su Esposo, su Amado, su único y sumo Bien. Si Isaac era inocente, lo era infinitamente mas Jesucristo: era la misma inocencia, la suma inocencia, el cordero sin mancha, el impecable por su divinidad, impecable por la union hipostática, impecable por la

vision beatífica. Si Abraham había de presenciar la muerte de su hijo, al fin Dios le libró de este incomparable tormento; pero á María santísima, que vió efectivamente morir á Jesús, no en su casa, no en su cama asistido de todos los cuidados de su amable Madre, no con una muerte dulce, serena y tranquila, sino ¡oh Dios inmortal! en una cruz, rodeado de sus enemigos, blasfemado de unos, burlado de otros, coronado de espinas, traspasados sus piés y manos con duros clavos, y todo hecho un retablo de dolores; ¿hasta dónde llegaría la continuacion de su dolor, y la universalidad de su dolor? *Non videbo morientem puerum*, dijo Agar cuando se apartó de su hijo Ismael, dejándole solo en el monte por no verle morir. Soy tu madre, no tengo ánimo para que en mis brazos, ó á mi vista, acabe sus breves días. Me arrojan de casa de Abraham, yo lo sufro: me destierran pobre por ese mundo, yo lo tolero: me cargan con mi hijo, yo le abrazo; pero no pudiendo alimentarle, yo le abandono, me aparto de él en esta soledad, porque mi corazon no me permite verle morir: *Non videbo morientem puerum*. Así hablaba aquella afligida madre; pero ¡ay! que ni aun este débil consuelo podemos dar á la Virgen... No solo no se aparta de su Hijo, sino que se acerca. Ella le ve cargado con el madero santo de la cruz llegar fatigadísimo al Calvario: ella ve como cruelmente le desnudan la túnica inconsútil que la misma Madre le había hecho cuando niño, y como con violencia se le arrancan de sobre las llagas á que se había pegado con la sangre: ella ve como se tiende sobre la cruz: ella oye los golpes del martillo que penetran con clavos sus piés y manos: oye la gritería de la gente cuando le levantan en alto clavado ya en la cruz: ella le ve desfigurado, desnudo y vertiendo arroyos de sangre de sus heridas: la Virgen ve, oye, siente, considera, reflexiona, ama, padece... ¡Que sé yo que os diga, amados míos! Todos los sentidos de su virginal cuerpo, todas las potencias de su purísima alma, todas las fuerzas de su voluntad, todos los deseos de su corazon, toda, toda la amable Virgen y Madre se había sumergido en un mar inmenso de amargura, como dice san Buenaventura, aplicando á María santísima aquellas hermosas palabras de Noemi: *Non vocetis me Noemi, id est pulchram, sed vocate me Mara, id est amaram, quia amaritudine valde me replevit Omnipotens*.

14. Si aun quereis mas universales sus dolores, haced que vea vuestra falta de devocion, de recogimiento y respeto hasta en los santos templos del Señor: haced que vea vuestras inmodestias en la profanidad de vuestros vestidos en un tiempo en que se nos repre-

sentan los adorables misterios de nuestra redencion : haced que oiga vuestras conversaciones malignas con que desacreditais la conducta de vuestros prójimos, aun los mas recomendables por su carácter y ministerio : haced que entienda la compañía detestable que traéis á los sermones y á las venerables funciones de estos dias : haced... pero no, amados míos, no. Sabed que los ojos de la Virgen, sus oídos, sus manos, su cuerpo y su alma son muy puros para que no los atormentéis mas con vuestros desórdenes. Enmendadlos, yo os lo ruego por el amor que tengo á vuestras almas; desterrad todo pecado con la verdadera penitencia, si no pretendéis que los dolores de María santísima no solo sean continuos y universales, sino tambien vehementes. Esta era mi

*Tercera reflexion : Los dolores de María fueron vehementes.*

15. Sin dificultad comprenderéis esta verdad. Un dolor, aunque dure mucho tiempo y sea universal, si fuere un dolor pequeño, si no fuere intenso ni vehemente, puede sin duda sufrirse y tolerarse sin especial fatiga; pero cuando el dolor que aflige de continuo y que molesta todo el cuerpo y toda el alma, es un dolor vivo, un dolor intenso, un dolor extraordinariamente veheméntísimo, entonces no hay fuerzas en lo humano para sufrirlo, y son necesarias fuerzas del cielo para tolerarle. Siete dias con siete noches estuvieron sin hablar palabra y como pasmados y sorprendidos de horror los tres amigos de Job al mirarle en su desgracia. Muertos sus hijos, robados sus ganados, abrasadas sus mieses, perdida su hacienda, cubierto de llagas, tendido en un muladar, rayéndose los gusanos con un pedazo de teja, y hecho el asombro de los cielos y la tierra por su mansedumbre, por su conformidad con la voluntad de Dios, por su paciencia en los trabajos y por todas sus admirables virtudes, era ciertamente un espectáculo digno de grande compasion. Sin embargo, la santa Escritura nos dice que sus amigos se llenaron de estupor y pasmo, no al considerar todo este cúmulo de desgracias, sino al ver que su dolor era vivo, era intenso, era vehemente: *Videbant enim dolorem esse vehementem*. Todas las miserias de Job sin esta pena no les parecian insufribles; pero al considerar que atormentado el cuerpo, afligida el alma, y todo inundado interior y exteriormente en una tribulacion universal, sus dolores eran veheméntísimos, lloraron amargamente, rompieron sus vestidos arrebatados del sentimiento, esparcieron el polvo sobre sus cabezas, se sentaron

en tierra, y en toda una semana no le hablaron una palabra: *Videbant enim dolorem esse vehementem*.

16. Acercaos ahora, hermanos míos, al monte Calvario, donde veréis al Criador de Job en una situacion mas triste y lamentable. Tendido, no como Job en un blando muladar, sino en el duro lecho de la cruz: no sueltas y expeditas sus manos para dar como Job algun alivio á sus llagas, sino clavadas cruelísimamente al madero santo de la cruz: no libre la cabeza, ni con los piés sin impedimento para andar como Job, sino coronado de espinas, bañado todo su rostro en sangre y sus piés crucificados, sin poder dar un paso ni sostenerse en ellos sin un inexplicable dolor... Jesucristo, mas desamparado que Job, no tiene amigos que vayan á consolarle, sino enemigos que se presentan para afligirle. Los amigos de Job, temiendo darle alguna molestia, no se atrevian á hablarle, y el Señor extendia sus brazos á un pueblo que no le creia y le contradecía: á un pueblo que moviendo la cabeza, le insultaba diciendo: *Vah qui destruis templum Dei, et in triduo illud reedificas: salva te ipsum*. ¿Eres tú aquel hombre tan poderoso que podias destruir el templo de Dios y reedificarle en tres dias? Socórrete á tí mismo. ¿Eres el Hijo de Dios? Desciende de la cruz y lo creeremos. ¿Qué hombre eres tú, que has favorecido á tantos y á tí no te puedes favorecer? Así le insultaban los soldados, así le blasfemaban los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos, y los ancianos de un pueblo ingrato, por cuya salud eterna moria nuestro caritativo y amabilísimo Jesús... Si Job era un hombre rico y llegó despues á la pobreza mas extrema: Jesucristo era el Dios omnipotente que formó de la nada los cielos y la tierra: aquel Dios riquísimo y poderosísimo que con una palabra crió el oro, la plata, los diamantes, las esmeraldas y todas las riquezas del mundo: aquel Dios que se viste de la luz, que tiene por alfombras las estrellas, y se deja ver majestuosamente infinito é inmenso en el empíreo: este, este mismo Dios hecho hombre muere tan pobre en una cruz, que no tiene en donde reclinar su cabeza, ni un pobre vestido para cubrir sus carnes virginales el que viste el campo de flores y frutos, los animales de pieles y lanas, las aves de plumas, y adorna el cielo de resplandecientes estrellas.

17. Acercaos, vuelvo á decir, al Calvario, y mirad á la Virgen Madre al pié de la cruz en que padecia Jesucristo, su amado Hijo; infinitos trabajos, mas que Job: miradla entre el cielo y la tierra, entre el mundo y su Redentor, entre el pecado del hombre y la jus-

ticia del eterno Padre: miradla como medianera nuestra, como corredentora nuestra, como madre nuestra, como amparo nuestro, como un prodigio de amor y un prodigio de dolor. Acaso si la considerais de esta manera, no podréis hablarla en mucho tiempo por la vehementísima intension de su dolor y de su amor: miradla cómo mira con ojos dulcísimos y afligidísimos aquellas desnudas carnes de su amable Jesús, que por virtud del Espíritu Santo se formaron en sus entrañas, crecieron con su virginal leche cuando le tenia en sus brazos como niño tierno, y se alimentaron con las viandas que la misma Madre le suministraba en su perfecta edad, y que ahora no la era permitido cubrirle con su manto y ocultar la desnudez de aquel cuerpo deificado con las telas de su martirizado corazón: miradla cómo mira aquel rostro de su Hijo, hermosísimo en algun tiempo, y ahora todo denegrado y lleno de sangre, y que no la es permitido limpiarle con las tocas ó lienzos de su cabeza: miradla cómo le oye manifestar la sed que le abrasa, y que no puede traerle un poco de agua para su alivio: cómo le ve crucificado y no puede separarle de los clavos ni de la cruz: cómo oye las blasfemias con que todos insultan á su Hijo, y ella, ocultando en el silencio de su pecho las pruebas claras y decisivas de su divinidad con que podría reconvenirlos, y de que ellos mismos habian sido é iban á ser testigos, solo levanta al cielo en secreto su clamor para pedir al eterno Padre que perdone á aquellos hombres las blasfemias que decian contra su amado, porque ignoraban lo que hacian: cómo escucha que su amable Jesús se despide de ella, dejándole á su discípulo Juan en su lugar por hijo, y traspasándola el corazón con esta conmutacion tan dolorosa, en que la daba un puro hombre por un verdadero Dios y hombre; el hijo del Zebedeo por el Hijo del eterno Padre: cómo le ve levantando los ojos moribundos al cielo y quejándose amorosamente á su Padre de que le ha desamparado... Decidme vosotros, si acaso teneis corazón sensible, ¿hasta dónde llegaría la vehemencia del dolor en una Madre como María santísima al escuchar á un Hijo como Jesucristo, que un poco antes de morir le han desamparado; y que no se le permite á la Madre testificar públicamente su amor eterno, correr á abrazarle, acercarle á su corazón y ocultarle dentro de su pecho? ¿Qué haceis, Señora? Vuestro Hijo dice: *Consummatum est*, ya se consumó el sacrificio; y dando una fuerte voz entrega su espíritu en manos de su eterno Padre, y muere. Y ¿Vos quedais con vida? ¡Oh dolor! Y ¿Vos entregais á la muerte á vuestro Hijo por la vida de los hombres? ¡Oh amor! ¡qué prodigios son

estos tan incomprensibles! Santos Ángeles, bienaventurados espíritus del cielo, que como pasmados presenciásteis unos misterios tan dignos de la caridad de Dios, tan dolorosos para el compasivo corazón de su Madre y tan necesarios para nuestra redencion, decidnos, si sabeis, si hay dolor semejante á su dolor; si hay dolores que tan continuamente afligiesen, tan universalmente atormentasen, y tan vehementemente martirizasen como los que padeció la Virgen. ¿Esta dolorosísima Madre, mártir en el alma? ¿Esta Reina de todos los mártires, como la llama toda la santa Iglesia? *O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus!*

18. ¡Oh bienaventurados Bernardo y Buenaventura, comunicadme vuestros piadosos sentimientos, y prestadme vuestros devotos corazones! Vosotros confesábais que os faltaban las fuerzas, que desfallecáis, que se partian vuestros corazones de dolor con la memoria de los dolores de María santísima. Y á la verdad, es menester un corazón mas que de piedra y un alma de bronce para no enfermarse y derretirse en lágrimas con los dolores de la Madre y con la pasión y muerte del Hijo: *Quis posset non contristari, Christi Matrem contemplari, dolentem cum Filio?* ¿Quién no teniendo unas entrañas mas duras que los diamantes, considerando que Jesús padece por los pecados de los hombres y que su Madre se compadece por lo que su Hijo padece, no aborrecerá los pecados, no confesará debidamente los pecados, no hará una verdadera penitencia de sus pecados, sabiendo que de este modo alivia á la Madre y entra á la participacion de la redencion del Hijo? *Eja, Mater, fons amoris, me sentire vim doloris, fac ut tecum lugeam.* Alcanzadnos, ó amantísima y dulcísima Madre, que nuestros corazones se enardezcan, se abrasen en el amor de tu Hijo Jesucristo, y en la tierna y virtuosa compasion de tus dolores: *Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum, ut sibi complaceam.*

19. Pero ¡ay pecadores de mi alma! ¿Estais con estos tiernos y virtuosos sentimientos, vosotros que ha tantos años que llevais la pesada cadena de vuestros vicios, sin pensar seriamente en romperla con la enmienda de vuestra vida? ¿Cuándo esperais que se os presente ocasion mas favorable? Vosotros veis que los mismos que estaban en el Calvario, los mismos que blasfemaban de Jesucristo, los mismos que le crucificaban, se vuelven á la ciudad dándose golpes en el pecho por la fuerza de su dolor, y confesando á voces que era Hijo de Dios el que habia muerto; y ¿os empeñaréis en vencer con dureza á los mismos que quitaban la vida al Salvador? Veis que

el sol se enluta, que la tierra tiembla, que las piedras se parten, que se abren los sepulcros, que se rasga el velo del templo, que las criaturas insensibles muestran sentimiento en la muerte de su Criador; y ¿solo vosotros, por quienes Dios padece y por quienes la Virgen se compadece, no dais muestra de sentimiento? ¡Oh dureza incomprendible! ¡oh monstruosidad de la ingratitud mas detestable! ¿Qué os falta, pues, pecadores envejecidos en la maldad, sino que tomeis la lanza de nuevas culpas en este santo tiempo, y aunque veais muerto á Jesucristo y separada de su cuerpo su alma benditísima, le partais con ella el corazón, traspasando al mismo tiempo el alma de su Madre? Llega, joven libertino, acércate, casado impuro, ven, hombre injusto, congregaos, pecadores, para precisar á la Virgen á agotar hasta las heces del mas amargo cáliz de su dolor, en la lanzada que traspasó el pecho de su Hijo amado despues de muerto. Corred, no os detengais, acercaos armados del furor y de la rabia contra Jesucristo y su Madre. Pero no, pecadores de mi alma, no os abalanceis á una crueldad tan bárbara. Respetad la santidad de este tiempo, la santidad de los misterios que en él se celebran, la santidad de las almas que concurren al templo para adorar á Dios en espíritu y verdad, agradecer sus misericordias, temer sus castigos y esperar sus recompensas. Desterrad de vosotros los pecados y uníos en espíritu á la santa congregacion de los fieles. Llorad en su compañía por vosotros y vuestras culpas, ya que no lloréis por la pasion y muerte de Jesús, y los dolores de su Madre María santísima. Llorad con lágrimas de verdadera contricion vuestros desórdenes. La Virgen las presentará á su Hijo amado: Jesús las admirará gustoso, os dará su gracia; y obrando vosotros con ella el bien hasta la muerte, será vuestra la corona de la eterna vida, que á todos deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

## ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE

## LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

*Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus. (Joan. XIX, 25).*

Estaba junto á la cruz de Jesús su Madre.

1. ¿Á qué venís..., qué buscáis en la casa del Señor? ¿Deseais la gracia...? Pues acercaos... Ahí está María, no ya..., sino llena de dolor... Amarguras de Noemi..., lamentos de Raquel...
2. Desconsuelos, penas y aflicciones; angustias, desamparos, etc., etc. Esto es lo que esperais oír en este día. Voy á cumplir vuestros deseos presentándoos á María al pié de la cruz... Os mostraré que en tan congojosa situacion María...
3. *Invocacion*: Virgen dolorosa, alcanzadme...

*Única reflexion*: María al pié de la cruz se mostró digna Madre de Dios y de los hombres. En la imitacion de sus virtudes consisten nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra gloria.

4. El dolor está siempre en proporcion con el amor... No ha habido ni puede haber madre que ame tanto á su hijo como amó María á... ¿Qué no haria, pues, en su corazón la plenitud del divino amor...? Indecibles son sus penas... Sin embargo aun podemos decir lo bastante...
5. Dios crió á María para amar y padecer... Con su divino Hijo fue no ya un horno, sino un océano de amor..., y conociendo que aquel vino para padecer, quiso ser ella su vivo retrato y...
6. Nada diré de la primera..., ni de la segunda..., ni de la tercera espada de dolor... Dolores mas acerbos deben ocupar nuestra atencion... Vamos, vamos al pié de la cruz... Pero ¡ay! qué...
7. No hay duda que Jesús comunicaria á su Madre las circunstancias de su pasion como las habia comunicado á... Contemplad á Jesús dando el último *adios* á su santísima Madre... ¿Habría quien pueda formarse una idea de...? Lágrimas de David... de la madre de Tobías... Para lo incomprendible no sirven los ejemplos...